

EL ENFERMO: UN CLARO EJEMPLO DE AUTOBIOGRAFÍA AZORINIANA

MANUEL CIFO GONZÁLEZ
Universidad de Murcia

En 1943, tras regresar de su voluntario exilio de tres años en París, Azorín publica su novela *El enfermo*, la cual, como muy acertadamente apunta el profesor Díez de Revenga, le servirá como cauce de expresión de sus ideas “en relación sobre todo con su propia edad y los efectos que la misma ha de causar previsiblemente en su actividad como escritor”¹. Para ello, el escritor de Monóvar crea un personaje con marcados tonos autobiográficos, Víctor Albert, quien a lo largo de la novela reflexionará sobre algunos de los asuntos más característicos y habituales de la literatura azoriniana, como son, entre otros, “su propia identidad, la influencia del paso del tiempo en la evolución de las personas y de él mismo, la defensa de su mundo interior frente a las exigencias sociales, y, ahora, agudizado su pensamiento por el paso del tiempo, los problemas de la edad” (11).

Como bien ha visto Díez de Revenga, la edad de Víctor Albert es la misma que por entonces tiene Azorín: sesenta años. Además, ocurre que este personaje vive retirado en Petrel, la localidad natal de la madre de Azorín y en la que el futuro escritor pasó largas estancias estivales durante su infancia. Y, como fiel exponente de la peculiar idiosincrasia azoriniana, Víctor Albert es un ser que se recrea en la reflexión, en la constante y minuciosa observación de la realidad y, también, en una hipocondríaca obsesión por la enfermedad.

Uno de los primeros aspectos que el profesor Díez de Revenga destaca en su introducción a *El enfermo* es el carácter renovador de la novelística azoriniana y, de forma muy especial, su condición de novela lírica, en línea con lo apuntado por

¹ Azorín, *El enfermo*, ed. de Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, p. 11.

Darío Villanueva, Ricardo Gullón, Mariano Baquero Goyanes y José María Martínez Cachero, entre otros. En tal sentido, y como señala el editor, hay que destacar la correspondencia que existe entre el lirismo de las novelas azorinianas y el componente autobiográfico y subjetivo de las mismas, lo cual “constituye una de las más notables aportaciones al desarrollo de la nueva novela en nuestro ámbito, con posibilidades de relacionarla en sus avances con los grandes nombres de la narrativa del siglo XX fuera de nuestras fronteras: Joyce, Gide, Wolf, Hesse, y en un sentido más amplio Proust, Kafka, Huxley, etc.” (15).

Otro asunto al que dedica su atención Díez de Revenga es el de la forma en que se estructuran los treinta y cuatro capítulos de *El enfermo*. Así, observa cómo los seis primeros están dedicados a la presentación de los personajes y del espacio y el tiempo que conforman el contexto de aquéllos. A continuación, figura el capítulo titulado “Divergencia en París”, en el que Azorín efectúa una vuelta atrás en el tiempo para recordar los tres años vividos en París por Víctor Albert y su esposa, Enriqueta Payá. Acabada esa retrospectiva o *flash-back*, los restantes capítulos presentan una sucesión lineal de los acontecimientos, hasta llegar a los dos últimos, titulados “El tiempo” y “El Sirener”, que funcionan como una especie de conclusión de todo lo expuesto hasta ese momento.

Por lo que al estilo se refiere, nos parece muy acertado lo que apunta Díez de Revenga respecto de la tensión subjetiva y subjetivadora de los sustantivos, adjetivos, verbos o adverbios, cuidadosamente escogidos y acumulados; las constantes referencias a los sentidos del olfato, el gusto, la vista y el tacto -tendríamos que recordar el gusto azoriniano por las asociaciones sinestésicas-; el exquisito cromatismo de las descripciones paisajísticas; la preferencia por las estructuras trimembres, tanto sustantivas como adjetivas, y la importancia capital del tema del tiempo “deducido de algunos de los objetos de la decoración doméstica con su condición avejentada, cargados de la edad” (26).

Por todos es conocido el protagonismo que en la literatura de Azorín tiene el tema del tiempo. De ahí, la importancia del capítulo III, titulado “Historia”, en el que el narrador se retrotrae hasta 1220, cuando un caballero, montado en un brioso alazán, llegó a las puertas de la ciudad de Petrel. Allí, descabalgó y se sentó sobre una piedra, que es la misma que ahora pueden contemplar y sobre la que se podrían sentar el narrador y el lector. Ese caballero, que no es otro que Jaime I de Aragón, una vez sentado, adopta la típica postura de los meditabundos personajes azorinianos, siempre pensativos mientras apoyan una mano en la mejilla. De este modo, la piedra y el gesto funcionan como símbolos de la idea del eterno retorno azoriniano, tan magníficamente ejemplificado en ese otro símbolo de las nubes que podemos ver en su libro *Castilla*, y que, en forma de níveos cúmulos redondeados, de cirros deshilachados, de estratos o de nimbos, aparecen en el capítulo X, “Los hechos”. Así, no nos sorprende en absoluto que la casa de Petrel en la que vive Víctor Albert sea la misma en la que vivió Jaime I, siete siglos atrás.

Víctor, al igual que le ocurría a José Martínez Ruiz, Azorín, es un hombre que se siente casi permanentemente enfermo, de tantas cosas “que sería cuento de nunca

acabar” (104). Por eso mismo, el doctor Primitivo Miralles le responde que lo que le pasa es que abusa del trabajo, sobre todo porque se levanta a las dos de la mañana y está trabajando hasta las ocho. Aunque, en realidad, lo único que desea Víctor Albert “es poder ver siempre con calma cruzar las nubes por el azul” (106).

Porque, como señala el profesor Díez de Revenga, existe una íntima relación entre la preocupación por el paso del tiempo y la obsesión por la enfermedad y la muerte. De hecho, resulta bastante chocante que sea precisamente el doctor Miralles quien muera, de forma totalmente imprevista. Así, es el encargado de velar por la salud de Víctor Albert el que se muere mientras duerme, como podemos comprobar en el capítulo XXIII, al que con toda intención se le ha dado el título de “Lo inesperado”.

Poco después, en el capítulo XXVI, un paisano, Paco Molina, muere al despeñarse su automóvil por un barranco de la carretera que une Alicante con Alcoy. En cambio, el nuevo doctor de Petrel, Alfredo Landeira, que había sido invitado por Paco Molina a probar ese nuevo coche, ha decidido no subir al mismo y, por eso, se ha salvado de la muerte. Algo que, según Albert, resulta curioso y misterioso, por cuanto sucede que los seres humanos “obedecemos, sin pensar, como instrumentos de lo desconocido, a algo que nos lleva por un camino y no por otro” (160).

Y, tal vez, ese misterioso influjo de lo desconocido sea el causante del estado de postración en que se encuentra sumido Víctor en el penúltimo capítulo, cuando le resulta imposible escribir y tan sólo puede leer unas pocas páginas. El tiempo es el responsable de que todo se vaya desvaneciendo, como se nos dice en el capítulo final, “El Sírerer”, cuando Víctor y Enriqueta se encuentran en esta heredad familiar de la Peña del Cid y el narrador va creando un clima de misterio al afirmar que “estas puertas que ellos abren y cierran no volverán a abrirlas y cerrarlas” (192), porque esa propiedad dejará de ser de ellos en las próximas horas. Diríase que los dos ancianos han debido de vender la heredad y de ahí la despedida final de la casa y todos sus enseres. Pero lo cierto es que Azorín no da una explicación de lo que ha sucedido. Aunque, como apunta Díez de Revenga, sin duda todo se debe a que el inexorable paso del tiempo ha conducido al matrimonio hasta la ancianidad, la postración y la tristeza, a pesar de ese ligero resquicio que se deja a la esperanza con la afirmación de Víctor respecto de que así es la vida y que ya vendrán tiempos mejores.